

chicas, jóvenes pero ya esposas, van de un sitio a otro sin hablar una sola palabra, sin asentir ni negar.

Ninguno de los hijos de Andresa sabe leer ni escribir. Les gustaría, sin embargo, aprenderlo. Pero no se sienten capaces; unas clases nocturnas son duras si no se ha tenido la costumbre: "El que más y el que menos —dice Alfonso— está en su trabajo y no quiere saber nada después de sus trabajos... Yo mismo, si me pusiera eso, iría, sí, yo creo que iría. Pero hasta cierto punto. Yo creo que me cansaría... A mí me gusta mucho estudiar, pero no sé, no me... a este nivel ya no...".

Alfonso —las encías sin limpiar conservan restos de alimentos que rellenan el hueco entre los dientes— es partidario de los matrimonios entre gitanos y no gitanos. También lo es de controlar como sea la natalidad de las familias gitanas. También tiene difícil lo del trabajo. Y también encuentra que los paisanos, que los payos, miran mal —miramos— a los gitanos:

—El trabajo está muy mal en todas partes. Y al gitano le ha de costar mucho entrar en un trabajo. Y según en qué trabajo entre, le han de mirar mucho. Le han de mirar mucho si es buena persona, o es mala; pedirán informes y es un problema para el gitano. Y si le meten en una fábrica, no me diga... Si yo tengo que trabajar con cien señores al lado, estamos entonces revueltos, pues me cuesta mucho hacerme compañeros y hay discusiones y hay cosas y ahí vienen los problemas. El gitano tiene mucho orgullo. Entonces, al tener eso, pierde sus derechos y dice: "¡Ah, pues yo no quiero estar aquí por eso, aunque me muera de hambre, por no aguantarlos!". Yo mismo lo he hecho. Yo lo confieso que lo he hecho. Ahora, es que me miraban mal, ponían reparos en ponerme yo a almorzar con ellos, cosas de esas...". ■ Fotos: HERCE.

La edad instantánea

ESCRIBO sobre los estragos de la retórica de la vulgarización, ese calamitoso procedimiento narrativo capaz de transformar la teoría de la relatividad en un ice-cream y a Einstein en un violinista sobre el tejado, y me acusan de atentar contra los sagrados principios de la claridad del lenguaje por defender la no traducibilidad del discurso de la ciencia o de la filosofía. Hago un rápido travelling por las firmas más leídas y celebradas de nuestro periodismo y escucho la misma monserga normativa cuando de poner los saberes académicos a los pies de los mundanos se trata: hay que escribir como se habla, con naturalidad, sencillez y verosimilitud.

Exactamente lo contrario de lo que algunos opinamos: se habla generalmente para no escribir y se escribe particularmente con artificialidad, complejidad y destrozando siempre que sea posible las aristotélicas reglas de lo verosímil, fundadas, como se sabe, en la moral y el buen gusto imperantes en la ciudad.

No defiendo ni por una línea el derecho a la oscuridad o a lo incomprensible. Sólo denuncio la falacia de la sencillez informativa tal y como es pronunciada por estos alrededores. Entre otras razones, porque tras esta inocente invocación ritual de la naturalidad se esconde una nueva versión de la censura cultural, acaso más eficaz que las otras dos, la política y la económica.

Ahora que la ciencia del lenguaje ha desmontado sin piedad el mito del modelo "natural" de las lenguas descubriendo bajo el orden "lógico" de los enunciados la combinatoria de los posibles narrativos o los tradicionales cánones argumentativos, rastros inequívocos de la historia política, económica y filosófica de la ideología inabundante, nos salen los populistas populares con la cantilena de la naturalidad expresiva. Claros varones de Castilla.

Todo se puede decir siempre y cuando se respeten las dos primordiales reglas del juego: hay que utilizar un lenguaje claro, puro, sencillo, espontáneo y al alcance de todas las lecturas; y por si fuera poco, hay que respetar los ritos sociales de la clasificación, del escalafón, del orden discursivo, de las etiquetas y de las casillas: del enca-

sillamiento de los géneros y del encastillamiento de las generaciones. Son las muy primitivas leyes de la tribu burguesa para preservarse por medio de los conjuros ceremoniales de la claridad y de la clasificación contra los peligros de lo ignorado: también en el occidente industrializado —artificializado hasta los tuétanos— dan-

zamos y cantamos alrededor del totem del lenguaje en el que nos reconocemos para ahuyentar los perversos espíritus de la complejidad cultural.

Están repitiendo las figuras más tediosas y deleznable del mito de la naturalidad tal y como una vez lo inventó Rousseau. Escribir o hablar una lengua de "forma natural" es, sencillamente,

organizar el mundo de una muy determinada manera. Como insiste Barthes, un lenguaje es claro solamente en la medida en que es admitido corrientemente por la sociedad. Cuando es socialmente tolerado.

Criticar estos días las jergas filosóficas y científicas en nombre de la sencillez y los pobres no saben que sus claridades son otras tantas jergas de muy reconocible procedencia y de muy limitados recursos. Y no sólo artificiales ("incluso lo más innatural es la naturaleza", decía Goethe), sino necias: son las expresividades de los niños, de las vírgenes, de los seres primitivos, de los refraneros, de los que carecen de ideas, de los mezquinos. Antes que otra cosa, Copérnico y Bruno, Galileo y Dante, Descartes y Cervantes, Hegel y Racine, Marx y Proust, Freud y Kafka, Einstein y Borges han sido terroristas de la claridad, transgresores del tabú de la naturalidad, subvertidores del principio estúpido de la inmutabilidad del verbo, revolucionarios de ese lenguaje corriente y moliente que ahora y por venganza los quiere encerrar en la cárcel mugrienta de lo verosímil.

Ya lo dije en otra ocasión, pero no encuentro mejor fórmula para resumir esta demagogia de la vulgarización que, en nombre de una determinada jerga, intenta privar de sentido a los lenguajes molestos: las cosas claras y el chocolate espeso. De una filosofía de la vida que postula un pensamiento menos espeso que el chocolate se pueden esperar muy pocas cosas y bastantes churros. ■

CLAROS VARONES DE CASTILLA

JUAN CUETO ALAS